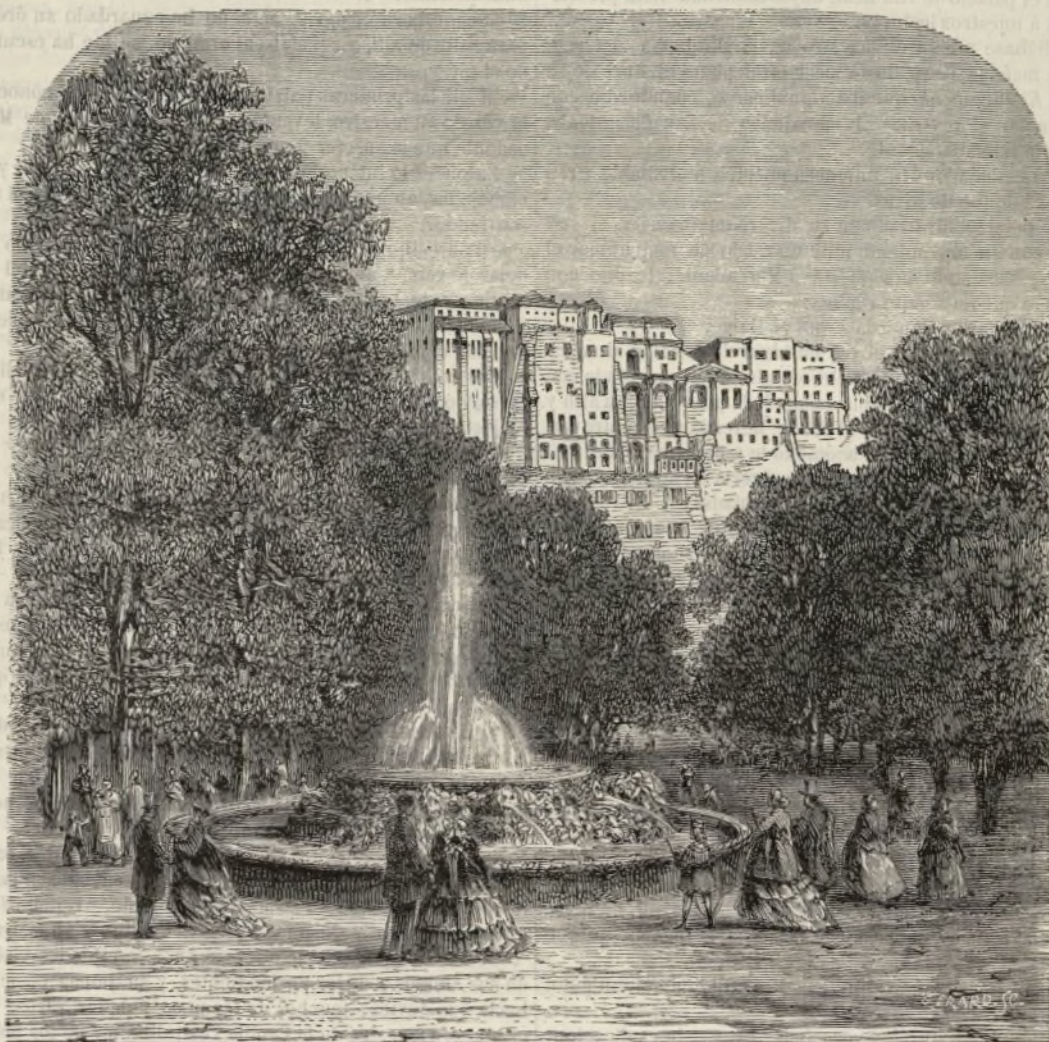


LA VILA REAL EN NAPOLES.

FRANCISCO II.—EL DUQUE DE RIVAS.—MERCADANTE.



Vista del palacio de Vila Real, en Nápoles.

La *Villa Reale* es uno de los muchos palacios que tenía el rey de Nápoles antes de que Garibaldi, auxiliado por la inaudita traición de uno de sus mismos ministros, Liborio Romano, arrojase de allí á la dinastía de Borbon para reducir uno de los mas bellos reinos del mundo á una provincia de la Italia, embriagado con el dorado sueño de su unidad.

Este palacio, hermoso como todos los de Nápoles, y pintorescamente situado, era una de las mansiones en que se complacia habitar el rey Francisco II.

Cerca de la Vila Real tenía y tiene una pequeña casa de campo el célebre compositor Mercadante, una de las ilus-

traciones contemporáneas de aquel bello país, el célebre autor de *Elisa y Claudio*, de *El Juramento* y de tantas otras óperas, en las que en tan alto grado ha reunido la severidad de la ciencia alemana á la inspiración de la melodía italiana.

Este famoso *maestro* no lleva en su rostro impreso el sello del genio ó del talento, cualquiera al verlo creería que era un tendero ó un hombre ocupado en las faenas mas comunes y prosaicas.

¡Para que uno vaya á fiarse en las apariencias!

Es pequeño de estatura y gordo, de mirada dulce y apacible, y hablo de su mirada refiriéndome á la época en

AÑO XXV. 19.

SEGUNDA SERIE.—1867.

que yo le conocí; porque hoy este pobre grande hombre se halla ciego!... Lleva los cabellos blancos cortados al rape, lo que viene á ser casi una tradicion artistica.

En la parte moral, Mercadante es bueno, sencillo, afable con todo el mundo y muy servicial. En otro tiempo le era fácil servir á cualquiera, porque era favorito del rey Francisco II, que lo trataba con la mayor familiaridad.

Esta familiaridad dió motivo á la aventura que le sucedió en el palacio de Vila Real, cuya lindisima vista presentamos á nuestros lectores.

Hallábase un dia el maestro en el despacho del rey, por la mañana, ocupado en tocar en el piano el final de su ópera *El Juramento* que iba á publicarse, cuando vinieron á anunciar al rey que el embajador de España deseaba hablarle inmediatamente.

Este embajador era entonces nuestro inolvidable gran poeta el duque de Rivas.

Un poco contrariado en su diversion favorita, el rey cerró con un movimiento muy marcado de mal humor el piano, y señalando una puerta á Mercadante, le dijo con ese tono que no admite réplica:

—Entrate ahí y aguarda á que te llame.

En su precipitacion el rey en lugar de señalar al maestro la puerta de su gabinete, donde hubiera estado con mucha comodidad, le habia señalado la puerta de un alto y ancho armario, en el que el pobre Mercadante sin atreverse á decir una palabra se acomodó lo mejor que pudo.

El rey cerró maquinalmente la puerta de aquel armario y dió la orden de que entrase el embajador.

El duque de Rivas, el representante de la reina Isabel, entró entonces, y entre el rey y el embajador se entabló una de las mas graves é interesantes conversaciones de política palpitante de la época.

De repente les interrumpió un profundo gemido.

—¡Por vida de San Genaro! ¿qué es eso?... exclamó el rey dando un salto en el sillón en que estaba sentado y poniéndose pálido como una cera.

Es sabido que el valor no era la cualidad dominante de Francisco II, y que sin su comportamiento valiente en el sitio de Gaeta que borró, aunque tardamente, su flojedad en resistir la revolucion y los intentos de Garibaldi, la historia no miraría con dolor su infortunio.

Por su parte el embajador de España tampoco se hallaba bien, porque era precisamente una época en que se hablaba mucho de conspiraciones. Sin embargo, no dejó traslucir nada, y sonriéndose lo mas naturalmente que pudo:

—No es nada, señor, dijo; es el maullido de algun gato, que repite el eco.

Pareció tan natural y verosímil al rey esta esplicacion, que se echó á su vez á reir, y volvió á reanudar la interrumpida conversacion.

A penas habian comenzado cuando volvió á sonar un segundo gemido mas prolongado y mas lúgubre que el primero.

—¡Válganos la Virgen santa!... aqui mismo parece que están asesinando á alguno!... esclama aterrado levantándose el rey.

El embajador miró en derredor de sí con una inquietud que ya no trata de disimular.

Oyese un tercer gemido acompañado esta vez de un gran ruido, y la puerta del armario se abre bruscamente y cae rodando sobre el suelo un cuerpo inerte.

El rey oculta la cara con las manos: el embajador de

la reina Isabel se arroja sobre aquel desgraciado que medio desmayado yace á sus piés.

—¡Qué haces ahí, miserable!... le dice cogiéndole fuertemente por el cuello.

Mercadante, porque era él, á quien la falta de aire habia casi asfixiado en el fondo del armario; Mercadante vuelve poco á poco en sí y recobra los sentidos; abre los ojos y viendo al rey siempre en compañía del embajador, se arroja diciéndole:

—Señor, perdóneme V. M. si no he aguardado su orden para salir de allí, y señalaba al armario; se me ha escurrido el pié y....

Al oír las primeras palabras Francisco habia conocido la voz de su maestro; levantó la cabeza, y al gesto de Mercadante que le enseña el armario, todo lo adivina.

Entonces lo interrumpe con una ruidosa carcajada, y el embajador, aunque nada comprende, trata de imitar al rey sonriendo.

—¡Pobrecillo!... ¡pobrecillo!... exclamaba Fernando sin dejar de reir; y qué mal has debido de estar dentro del armario con tu barrigon. Mercadante, *mio caro*, perdóname, y vete á tu casa á reponerte y recobrar un poco tus ideas, que has debido perder en mi armario.

Después haciendo al maestro un ademán de despedida, se volvió hácia el embajador duque de Rivas, y con una majestad propia del nieto del gran Felipe V de España:

—Ahora estamos solos los dos, dejémonos de risas y hablemos seriamente, os escucho.

Mercadante habitaba en 1857 cerca de *Villa Reale*, una casa encantadora, un verdadero nido de verdura rodeado de un bosquecillo de naranjos, cuyas copas apretadas formaban una deliciosa cúpula de flores y frutas.

Nunca penetraban allí los rayos del sol y se gozaba de un fresco agradable. El suelo estaba entapizado de musgo y césped, y serpenteaba por él un arroyuelo, cuyo dulce murmullo armonizaba con el canto de los pajarillos que anidan en sus árboles.

Allí es donde Mercadante habia establecido su estudio. Por la mañana hacíase llevar allí su piano, y enteramente solo, sin mas que una mesita que colocaba delante de él, dejaba caer un escuadrón de corcheas y de semicorcheas y de fusas, sobre un papel preparado al efecto.

Parábase de repente, no para tomar aliento sino para hacer bajo su inspirada mano el piano; escuchaba atentamente el sonido que se apagaba moribundo, y repetía luego lejano el eco, y después volvía á continuar su trabajo.

Todas las mañanas de nueve á once, recibía las visitas de sus amigos y de los pretendientes, y su buena posición hacia que tuviese muchos de los unos y de los otros. Así es que era maestro de la Capilla real, director de los músicos de la guardia real, jefe de las escuelas musicales, ordenador de los teatros, etc., todo lo que le valió muy buenos sueldos, y le daba una grandísima influencia.

No por eso se habia envaneido; discutía con artistas como con compañeros.

Profesaba la mas completa veneracion y admiracion á *Rossini*, hacia justicia á *Meyerber*; solamente no tenia mucho afecto á *Verdi* demasiado estrepitoso, decia, para las orejas de un viejo.

El respeto que tiene al célebre autor del *Barbero de Sevilla*, raya ya en entusiasmo y verdadero fanatismo.

HISTORIA DE LA MEDICINA.

CONTADA PARA LOS PROFANOS.

¿Te has encontrado alguna vez, querido lector, bajo la influencia de ese padecimiento moral, sin calificación exacta entre nosotros, quizás por lo desconocido en épocas anteriores, que los ingleses designan con la palabra *spleen* y los filósofos de la razón práctica dejan á cada uno el derecho de explicar como pueda? Pues en verdad que por si acaso tienes la suerte de no haberle experimentado, voy á tratar de hacértele conocer en términos breves, lisa y llanamente, para mayor esclarecimiento de lo que tengo ánimo de referir.

Suele á intervalos rendirse nuestro espíritu, abrumado por la continua lucha á que le obligan las sensaciones exteriores, cayendo inerte cual bajo una pesada capa de hielo. No tan solo las desgracias y contrariedades le reducen á tal situación, que bien á menudo el hastío de materiales placeres ó el humo disipado de locas ambiciones, producen igual desarmonía, haciendo al ángel proscripto del Eden primitivo arrastrar por el fango las alas con que debiera elevarse á la esfera de luz propia de su celeste origen. Entonces la imaginación se resiste á concebir una idea sublime, ó la mente del sabio aborta criminales engendros, y salen á trastornar el mundo las herejías de Lutero, las sátiras de Rabelais, las obscenidades de Aretino y las blasfemias endemoniadas del miserable Proudhon, delirante apologeta de Satanás. Es cierto que pocas veces alcanza el mal tan grave intensidad, solo reservada á los grandes pensadores, que tambien la maldad tiene su peculiar grandeza, pero siempre lleva consigo la postración del ánimo, la irresolución ó indiferencia, la misantropía y como reato consiguiente la disposición á la melancolía, al retraimiento, para terminar en el suicidio ó el abandono. Feliz en este caso el mortal que confía y espera en la Causa de todo bien, desgraciado aquel cuya inteligencia nutrida con los vanos sofismas de la incredulidad, carece de la energía necesaria para resistir la desventura; mejor fuera para él haber nacido irracional, porque vacilante su juicio, sin apoyo sólido que le sostenga, se precipitará en las densas tinieblas del error donde todo es amargura y eterno desconsuelo.

Aunque por dicha nunca me vi sumido en los extravíos que acabo de pintar, en alguna ocasión ha llamado el tedio á mis puertas acompañado de la tristeza, á quien trajo la memoria de acontecimientos fatales, de acuerdo con el entendimiento para oscurecer el porvenir, y á fé que si la voluntad no hubiera dado el grito de alarma convocando en su ayuda á la prudencia y fortaleza, aseguro que los enemigos se hubieran posesionado de mi ser, harto dispuesto á la rebelión, merced á lecturas perniciosas, hechas en mal hora y neutralizadas á fuerza de costosos engaños.

Hace dias, cuando cabalmente trataba de redactar un artículo para el Museo, encontré al pensamiento sin acción y á la fantasía entorpecida: ni por el renombre de Homero, hubiera sido capaz de coordinar una frase, ni aun por la suntuosa pobreza de Lamartine, cosa la última que debe parecer increíble á cuantos lo lean: mil recuerdos importunos, porción de temores fatigosos bullían en mi cabeza sin dar lugar á la reflexión para formar cálculo acertado, antes

bien la rapidez de las impresiones desvanecidas á modo que las chispas de una rueda pirotécnica, aumentaban el aturdimiento y comunicaban á la parte física el decaimiento en que se hallaba el ánimo. ¡Cuán abrumadoras son las afecciones intelectuales! Caminé largo trecho sin objeto ni conciencia: creo que anduve mas de dos leguas de terreno; pero esto me salvó. En un lúcido intervalo de mi razón, advertí hallarme en un encinar bastante espeso, lejos de Madrid y á boca de noche. Desanduve lo andado sin tomar descanso alguno, y cuando entré en mi casa, combatiendo siempre contra las falaces impresiones amontonadas en el cerebro, caí rendido sobre un sofá, donde á poco me acometió una especie de somnolencia pesada y fantástica. Los muebles empezaron á girar en derredor celebrando á manera de una danza misteriosa; varios retratos colgados en las paredes avanzaban haciendo gestos de burla; los libros salían de los estantes y chocando en el aire marcaban compases irregulares: por fin no sé cuanto duró esta barahunda, solo recuerdo que una vez sosegada fijé mis ojos en el busto de un célebre profesor de medicina que por acaso se hallaba colocado entre los papeles de mi mesa. Al ver que le miraba comenzó á reír chocando sus mandíbulas con un ruido semejante al que producen las matracas que los niños tocan en Semana Santa, ofendiéndome tanto su impertinente hilaridad que no pude menos de decirle:

—¿Qué has visto en mí que así provoca tu insolencia?

—Veo el embarazo que te agobia y que no podrás salir de él si yo no te ayudo.

—Tú, pobre masa de escayola, cuya existencia depende diariamente de la mas ó menos fuerza que quiera dar á los zorros cualquier maritornes encargada de sacudirte las telarañas!

—Pues ahí verás: en la actualidad reside en mí el genio de Esculapio y quiero ponerle á tu disposición, agradecido al servicio que me hiciste reconociéndome cuando trataban de arrojarle como mueble inútil.

—¿Serás capaz de cumplir lo que dices?

—Con mil amores: ¿no sabes que habiendo pasado el tiempo de los duendes y brujas se halla en uso la evocación de los espíritus entre gente considerada como exenta de preocupaciones?

—Aberración mas estúpida que la primera.

—Veo que tu imaginación va recobrando su claridad. Pero con todo, coge la pluma y escribe lo que voy á dictarte.

Hicelo así trascribiendo la siguiente disertación del busto misterioso.

El origen de la medicina, como el de todas las ciencias en general, se confunde en la oscuridad de los tiempos primitivos, y su infancia permanecerá siempre oculta á nuestras investigaciones: sin embargo, guiados por la razón debemos suponer que arrojado nuestro primer padre á la tierra, maldita en castigo de su rebeldía, debió experimentar la influencia de multitud de causas que harían su vida dolorosa é infeliz en sumo grado. Buscar el medio de remediar tales contratiempos fué sin duda uno de sus cuidados principales. La intemperie á que se hallaba expuesto, el uso de alimentos desconocidos, las pasiones de ánimo, las heridas, fracturas, contusiones, etc., debían acarrearle infinitas dolencias, y estando enteramente privado de auxilios para curarlas, bien pronto conocería que una imperiosa necesidad le obligaba á vivir en estado so-

cial, y así como le fué indispensable la construcción de viviendas donde guarecerse, también le fué preciso buscar medios para curar los males que le afligían. El instinto natural, cuando otra cosa no fuera, le inclinaria á procurarse recursos para hacer mas llevadera su peregrinación en este valle de lágrimas, y la experiencia haria lo demás: el que se viese acometido de una calentura pútrida, naturalmente apetecería bebidas ácidas y reposo absoluto, al paso que aborrecería las carnes que usara para su alimento: el que padecía una fiebre inflamatoria anhelaría bebidas refrescantes y el asmático buscaría respirar un aire libre. De esta manera siguiendo las propias indicaciones se fueron poniendo en práctica los remedios que la naturaleza dictaba. Vino despues la analogía como auxiliar del instinto: los que se habian curado una catarral con el descanso y bebidas tibias, ó una indigestion provocando las evacuaciones, no pudieron menos de revelar á sus parientes y amigos los medios de que se habian valido para recobrar la salud, ni estos dejarían de usarlos en circunstancias que les pareciesen iguales. Como en aquellos remotos tiempos los hombres tenían pocas ideas médicas, sin duda muchas veces cometían fatales equivocaciones, siendo para unos tósigo mortal lo que á otros habia dado la vida. Estos errores les hicieron dedicarse á la observacion y estudio con el fin de administrarse los medicamentos con mas oportunidad.

Los libros santos es el primer documento que registramos donde se habla de personas dedicadas á la ciencia de curar. Moisés tratando de Jacob, dice que José su hijo, hizo embalsamar el cuerpo de su padre á los médicos de su casa en Egipto, esto es, 1689 años antes de Jesucristo. Una ley del Génesis publicada 1491 años antes de la Redención, establece que cuando uno hiriese á otro se pagase al herido el gasto de los médicos. En la tierra de los Faraones se inscribía en los templos sobre mármol ó tabla, la historia de algunas enfermedades y los medios con que se habian curado; esta práctica y la costumbre de embalsamar los cadáveres, para lo cual habia que extraer vísceras cuya figura, situacion y estado observaban los peritos en el arte, los sacrificios de animales ofrecidos en holocausto sobre las aras, etc., contribuyó desde luego á generalizar algunas noticias de anatomía y aumentaron el caudal de los conocimientos médicos.

Herodoto (500 años antes de J. C.) viajando por Egipto encontró muchos sabios en medicina: de ellos unos eran dentistas, otros se dedicaban á curar enfermedades internas y así de las demás. Los egipcios fueron los primeros, segun parece, que cultivaron las ciencias, dividieron el año en doce meses, comprendieron la inmortalidad del alma sin otro auxilio que la luz natural, y aceptaron el dogma de la trasmigración del espíritu. De aquel pueblo pasaron los conocimientos médicos á la Grecia. En tiempo del escritor citado ya estaba en uso la sangría, las ventosas, moxas y otros vejigatorios; en la epilepsia se aplicaban cauterios en las temporales; además eran frecuentes el enema y vomitivos, y la costumbre de purgarse tres dias seguidos cada mes.

Esculapio nació 1391 años antes de J. C., se le concedieron honores divinos y le consagraron adoratorios en Cos, Pérgamo, etc. Tuvo dos hijos: Macaon, que nació 1279 años antes de J. C. y Podalíro venido al mundo 1253 años antes de la misma época. Segun Homero asistió á Menelao en el sitio de Troya.

Hasta el tiempo de Hipócrates (mas de 400 años despues)

los descendientes de Esculapio se llamaron Asclepiades y en ellos se vincularon los conocimientos médicos. En este intermedio estuvo reducida la medicina á prácticas supersticiosas y empíricas, solamente 356 años antes de J. C. es cuando tomó el nombre de ciencia, á la sazón que florecían en Grecia ilustres oradores, filósofos, artistas y generales.

Heródico observó las ventajas del baño y los ejercicios corporales, é hizo tanto aprecio de sus buenos resultados, que solo á una cosa y otra redujo sus medicamentos; fomentó ideas que aun en el dia disfrutan merecida reputación de convenientes, y los gimnasios que fundó en Grecia, se consideraron tan útiles para desarrollar las fuerzas, corregir algunas imperfecciones de conformación y conservar la salud, que despues de haber sido fomentados por los romanos, han llegado hasta nosotros, quizá puestos en práctica con exceso, atendiendo á las diferentes costumbres y necesidades que caracterizan entrambas épocas.

Concluamos con Hipócrates. Este renombrado sabio, natural de Cos, floreció 400 años antes de J. C., reunió todas sus observaciones, las de sus discípulos mas aventajados y cuantas habia en las tablas votivas de los templos, formando un cuerpo de doctrina que aun hoy es digno de veneración. Es falso que fuese cabeza del empirismo. Sus obras mas apreciables son los Aforismos y Pronósticos. Considerándole como ciudadano y amante de su patria, es preciso reconocer en él toda la feroz preocupacion de los pueblos antiguos hacia la tierra que les vió nacer. Artajerjes le envió á llamar para que combatiese una fiebre contagiosa que desolaba sus estados, y sin miramiento ninguno se rehusó Hipócrates á prestar este auxilio á los enemigos de su país. Una contestación igual bastaria en la actualidad para deshonorar al genio mas eminente. Es verdad que á semejanza de cualquier otro, el médico se debe á su patria ante todas las cosas, pero cuando ésta no necesita sus servicios inmediatos, debe hallarse pronto á socorrer á la humanidad en sus dolencias mas graves, sin distinción de fronteras ni opiniones, lo contrario, como diría el honrado médico de Napoleon I, no es hacer profesion de curar, y la ciencia puesta al servicio de las pasiones deja de ser un sacerdocio.

Aristóteles, Platon, Diógenes, Anaxágoras y otros cultivaron la medicina. La escuela de Alejandría produjo los dos famosos Herofilo, 288 años antes de J. C.

En tiempo de Herofilo y Erasistrato se dividió la medicina en dos sectas; empíricos y dogmáticos: Serapion era cabeza de los primeros. Creían estos que no debia tener el estudio otra base que la experiencia: los dogmáticos aseguraban que la medicina estribaba en el raciocinio; rivalidad que mas nacia de odios reciprocos que de diferencia en las opiniones. Se ha creído que el nombre de empirico califica tan solo á un hombre guiado por la experiencia unicamente, en cuyo caso la palabra conserva su aplicación debida, mas hoy esta voz se ha generalizado y bajo ella se comprenden los curanderos y charlatanes.

Quinientos treinta y cinco años pasaron desde la fundación de Roma, esto es, hasta 217 años de J. C. y la historia nada cuenta de medicina. Plinio habla de un médico griego que la practicó el primero en la ciudad-reina; éste médico fué causa de que los romanos mirasen con odio su profesion por el demasiado uso que hizo del cuchillo y del fuego.

Sesenta y dos años antes de J. C. cobró fama Asclepiades en tiempo de César y Ciceron. En los cincuenta años anteriores á la venida de Cristo y cincuenta despues de la Era

cristiana florecieron Celso, Ciceron, Horacio, Virgilio, Plinio y Galeno. Asclepiades fué jefe de una secta llamada corpuscular: derribó la medicina hipocrática: suponía que la salud resultaba de la proporción entre los poros de nuestro cuerpo y los átomos corpusculares que nos rodean. Toda su terapéutica se reducía á baños, unturas y columpio; añadía que los enfermos deben curarse con prontitud y agrado, condescendiendo con sus caprichos, y por estos medios adquirió gran reputación entre sus contemporáneos.

Temiso, enseñando que todas las enfermedades dependían de mas ó menos rigidez ó relajación de los sólidos, fué cabeza de la escuela metódica. Este fué seguido de Tesaro, el cual quiso persuadir que la medicina se podía estudiar en solo seis meses, é introdujo un sistema misto de laxitud y rigidez. Nada probará mejor el orgullo y vanidad de este juicio estraviado, que el siguiente epitafio dictado por él mismo para que le grabasen sobre la lápida de su sepulcro: *Aquí yace Tesaro, vencedor de los médicos.*

Las escuelas empírica, dogmática y metódica produjeron tres clases de medicina. Los neumáticos eran los que suponían que las enfermedades dependían de pasiones de ánimo: los eclecticos escogían de las otras sectas lo mejor, y los episentéticos buscaban el medio de conciliar entrambas escuelas.

Celso vivió al principio de la Era cristiana (25 ó 30 años después de J. C.) escribió de todas las enfermedades de medicina y cirugía: en la última trata de fracturas, luxaciones, inflamaciones, hidropesías, etc., su principal mérito fué haber resucitado la medicina hipocrática extendiendo los conocimientos de este célebre autor.

Galeno, natural de Pérgamo, discípulo de la escuela de Alejandria, vino á Roma hacia los años 160 de J. C. después de haber pasado tres sirviendo de cirujano en las fiestas bárbaras de su patria. Estableció la doctrina seguida en casi toda Europa desde el siglo II hasta hace poco tiempo: se dió el nombre de Cuaternión á su sistema por los cuatro elementos que suponía: el fuego, decían los filósofos, es caliente y seco, á este, añadía Galeno, corresponde la cólera: el agua es fría y húmeda, y á esta, segun el mismo profesor, corresponde la flema: la tierra es fría y seca, corresponde á ella la melancolía, y finalmente la sangre caliente y húmeda corresponde al aire, que tiene estas cualidades con arreglo á los filósofos antiguos.

Después de Galeno vinieron Cello Aureliano, Aecio, Alejandro de Tralles, Pablo de Gineta, etc., 550 años después de la venida de Cristo.

La conquista de Alejandria por los romanos hizo perecer un crecido número de volúmenes manuscritos, pero la biblioteca de Pérgamo fué enriquecida por la munificencia de Marco Antonio.

Los pueblos bárbaros del Norte invadieron la Europa, y persuadidos de que las ciencias habían acarreado la ruina del imperio romano, prohibieron á sus hijos hasta los simples rudimentos de lectura: la ignorancia fué suma y se comunicó á la medicina.

Llegaron á su vez los árabes y en breve tiempo se hicieron dueños del Asia, la parte mas floreciente de Africa y estensas comarcas en España, Francia é Italia: solo había lugar para manejar las armas, hasta el punto que los mismos soberanos no sabían leer, ni mucho menos escribir su nombre. Gracias si en algunos monasterios se conservaron pálidos reflejos de la perdida civilización griega y romana.

Sin embargo, por los años 800 se fundó la universidad de Paris y la de Cantorbery en Inglaterra. Sosegado algun tanto el fanatismo musulman, contenido el ardor de la conquista por los esfuerzos de los caballeros de Asturias y Leon, rechazados del centro de las Galias por el hacha de Carlos Martel, comprendieron los fanáticos sectarios de Mahoma que harto harían en conservar lo adquirido sin aventurarse en nuevas expediciones. Entonces á la par de otros conocimientos útiles se aplicaron los árabes á la medicina, y debemos confesar que lo hicieron con bastante fortuna. Diganlo las varias escuelas que fundaron en España, entre otras las de Granada, Toledo y Córdoba, á donde acudían jóvenes de remotos países á estudiar las ciencias naturales que solo allí podían aprender. La cirugía en tanto quedó abandonada á los siervos de los mahometanos que no conocían mas principios que el fuego y el hierro. Las viruelas, el sarampion, la espina ventosa fueron descritas por el año 900, (en cuya época se presentaron en Europa, sin duda venidas de los desiertos de Arabia) por Rasis natural de Persia. Siguiéron á Rasis, Avicena, Aberroes, Ali-Abbas, etc. A finales del siglo X escribió Abenzos de la inflamación del mediastino y pericardio.

El territorio europeo libre de la dominación sarracena, seguía en tanto sumido en la mayor ignorancia: los clérigos y monjes poseían únicamente las reliquias de las ciencias: los concilios lateranenses II, III y IV, tratan del grave mal que resultaba á causa de profesar la medicina los miembros de las comunidades religiosas, por ser en contra de su instituto, y prohibieron bajo severas censuras su ejercicio, principalmente en la parte operatoria, á los regulares, extendiendo el IV la prohibición á todos los demás sacerdotes.

Desde el siglo XI vienen las Cruzadas á restablecer los conocimientos científicos en Europa. Hombres, mujeres y niños se alistaron en gran número ansiosos de arrancar la Palestina á los hijos del Profeta, y los que volvían á sus hogares traían á cambio de fatigas inauditas, numeroso canal de noticias adquiridas en sus viajes, que abrían á su entendimiento horizontes desconocidos donde apetecían llegar, convencidos del bien que les brindaba el nuevo sol de la civilización. En Constantinopla notaron el lujo y buen gusto que reinaba en esta corte del Bajo Imperio, trayendo de allí manuscritos árabes sumamente apreciables, que difundieron por todo el Occidente la cultura que había desaparecido. La medicina, mientras tanto, siguió tan aristotélica y galénica como antes, hasta la invención del papel en el siglo XIV, medio poderoso para difundir los manuscritos y con ellos los principios del saber.

El delirio de querer convertir en oro varias sustancias, particularmente metálicas, y el pretender encontrar un remedio ó panacea universal para curar toda clase de enfermedades, perpetuando la vida del hombre, fueron dos proyectos que dieron origen á la química, ó cuando menos impulsaron su desarrollo. Estos locos ensayos se realizaron bajo la idea de encontrar la piedra filosofal. Bacon de Berulamio echó por tierra las teorías de Aristóteles afirmando las primeras bases de la verdadera filosofía y física experimental. El mas entusiasta de los alquimistas fué Paracelso, quien se opuso abiertamente á todas las teorías escolásticas. A mediados del siglo XV y principios del XVI las ciencias y las artes hicieron notables progresos. En 1445 se descubrió el arte de la imprenta en Alemania; adelante inmenso que había de poner la inteligencia á salvo de nuevas épocas de barbarie, por mas que los abusos de este don del

cielo hagan dudar en ocasiones si fué dado á la humanidad para poner de manifiesto la prolíja historia de sus errores. Apoderados los turcos de Constantinopla se refugiaron al resto de Europa muchos de sus habitantes difundiendo los conocimientos de que eran depositarios. El siglo XVII vió nacer á Vanhelfmont, enemigo del sistema galénico: estableció que el estómago es un centro del que se distribuyen las fuerzas animales como rayos por toda la economía, residiendo allí el espíritu vital. Según su sistema cada órgano desempeña su función especial, por una sensibilidad particular, y á esta llama arqueo secundario, así como llamaba primario al que residía en el estómago.

A Vanhelfmont siguió Sthal, el hombre de mayor talento en medicina después de Hipócrates. Fundó su sistema, y á lo que Vanhelfmont llamó arqueo él dió el nombre de alma: hé aquí la razón de que los partidarios de dicha escuela se denominasen animistas. Estableció que los cuerpos vivos estaban sujetos á leyes diferentes de aquellas á que obedecen los cuerpos muertos: los líquidos, por ejemplo, en las máquinas hidráulicas caminan de arriba á bajo, en los cuerpos vivos pueden subir de abajo arriba.

En el mismo siglo XVII estaba dividida la medicina en dos sectas, galenistas y químicos: estos todo lo explicaban por efervescencias, combinaciones, etc., mas á pesar del daño que hizo la química á los progresos de la ciencia de curar, es acreedora la última á la primera de algunos beneficios.

Ya se ha dicho que en 1226 aparecieron los escritos de Bacon, pero algunos clérigos se opusieron á ellos por juzgar hechicero á su autor. Sin embargo, á las luces de este y á las de Galileo, Torricelli, Boile y Newton se deben los adelantos de la medicina experimental: Newton estableció la teoría de la luz, la dividió en siete clases y explicó la visión. Los médicos, por esta época, ya no discurrían por medio de teorías químicas las funciones animales, sino que trataron de describirlas por principios físicos.

El célebre Federico Hoffman, fué el primero que estableció el solidismo. Boerhaave, que vivió por el mismo tiempo en Holanda, formó un sistema que trastornó toda la medicina. A Boerhaave siguieron los semianimistas. Las escuelas de Edimburgo en Escocia, y la de Montpellier en Francia han minado el sistema de Boerhaave, que está próximo á su ruina. Barthez ha trabajado mucho para conseguirlo.

En el día se cultiva la medicina libre de todo yugo, con respecto á las ciencias auxiliares, física, química, etc., buenas para consideradas como servidoras suyas, pero que nunca deben elevarse á la gerarquía de soberanas, y por último, la autoridad no se reputa ya por sí sola bastante para inclinarnos á seguir un sistema, porque la teoría en medicina ha de tener su fundamento en los hechos, no los hechos en la teoría.

A la entrada del siglo XIX debiera terminar la incompleta exposición histórica de la medicina, resuelto, como estoy, á evitar calificaciones contemporáneas; pero, no obstante, como ninguna época puede gloriarse de mayores adelantos en las ciencias médicas, y en su primera mitad han florecido dos hombres que descuellan muy alto entre los mas ilustres, añadiré algunas palabras para darlos á conocer. Estos fueron Bichat, jefe de la escuela anatómica, que trasformó, por decirlo así, todos los puntos de la ciencia, de cuya escuela salió Broussais, que, siguiendo las lecciones de la experiencia, y viendo fracasar en sus manos la terapéutica entonces reinante, buscó en el cadáver la causa de este mal resultado; consideró como ley constante lo que

solo era efecto transitorio, resultado de una constitución médica, y escudado con lo que habia visto, combatió de frente todos los sistemas anteriores al suyo. El éxito de la novedad duró tanto como la influencia patológica á que era debida; pero este sistema, como todas las doctrinas fundadas en la observación, ha facilitado datos muy preciosos.

Las ideas de Brown, modificadas, han dado en Italia origen al *contra-estimulismo*. Considérese como se quiera esta teoría médica, hay que reconocer, por lo menos, que á Rastori y tantos profesores distinguidos como han salido de la escuela italiana, se deben grandes progresos en la terapéutica.

También al siglo actual debe la medicina el sistema homeopático. En el axioma *similia similibus curantur*, se halla la exposición sucinta del principio que sirve de regla al médico homeópata en el tratamiento de las enfermedades, por medio de agentes capaces de producir en el hombre sano síntomas análogos á los que trata de curar. Se deja entender, sin mas explicación, que no se habla de tal ó cual modificación de las doctrinas reinantes, sino de una doctrina médica completa, que desecha el principio fundamental de sus adversarios, que cambia los agentes empleados por lo comun, y que destruye, en una palabra, la terapéutica reinante hasta en sus cimientos.

No puedo detenerme á discutir el valor de su teoría, ni entrar en la apreciación de las diversas objeciones hechas por sus contrarios. Diré, sin embargo, que en el espacio de poco mas de sesenta años, tiene representantes en todo el universo, posee hospitales, cátedras, periódicos en todas las lenguas, sociedades médicas, etc. Este resultado, obtenido en tan poco tiempo, prueba, según mi juicio, bastante poder en la nueva doctrina, y no mucha solidez en la de sus adversarios.

El insigne Hahnemann, maestro de esta escuela, es considerado por unos como un elevado talento, y por otros como un maniático; pero mientras la pasión enardecida mantenga vivas las ruidosas polémicas empeñadas entre homeópatas y alópatas, no será posible fallar con acierto. Dejemos á los venideros el cuidado de resolver tan importante cuestión. Únicamente me atreveré á decir, aun á riesgo de ser calificado de profeta falso, que la homeopatía desaparecerá, como todos los sistemas exclusivos que han pretendido sobreponerse al respetable anciano de Cos. La medicina es una ciencia sin término, y como todo lo infinito, ni se descenderá nunca el velo que la cubre, ni podrá sujetarse á métodos inalterables.

Guardó silencio la misteriosa figura, bien á pesar mío, que sacaba de aquella estraña plática grata instrucción, y no poco recreo. Cabalmente la virtud oratoria se habia extinguido en ella al tiempo que yo trataba de satisfacer algunas dudas á que solo un espíritu de yeso pudiera contestar sin preocupación. Quise, no obstante, probar fortuna, y soltando la pluma le dije con la mayor cortesía que me fué posible:

—Apreciable vaciado, dime, por tu vida, así te veas libre de caídas y tropezones, ¿qué piensas de la utilidad de la medicina?

—Pienso, respondió, que cuantos han dicho que el arte de curar era una ciencia vana, escribieron de cosa que no entendían, ó se dejaron arrastrar á vulgaridades lamentables, por mas que fueran en otras materias hombres sublimes en sumo grado. Mas justos en sus juicios los filósofos antiguos, se vanagloriaban de practicar la medicina, despreciando, como era razón, á los juglares, conocidos por